

CONSIDERACIONES EN TORNO A LA UBICACIÓN DEL CÁDIZ FENICIO

Francisco PONCE CORDONES

*...ab eo latere quo Hispaniam spectat,
passibus fere C altera insula est, longa
passus M, lata (?), in qua prius oppidum
Gadium fuit.*

(Plinius)

Antecedentes

A mediados del verano de 1972, dirigí una carta al ilustre Prof. D. Antonio García y Bellido exponiéndole una idea personal –no me atrevería siquiera a calificarla de hipótesis– en torno a la ubicación del primitivo asentamiento de la ciudad de Cádiz, examinada a la luz de lo que parecían ser nuevos descubrimientos en materia geológica, concordantes con otros testimonios antiguos: la existencia de un canal entre la bahía y el mar libre a través del casco urbano de Cádiz.

El Prof. García y Bellido acogió con sumo cariño e interés la idea y en 7 de septiembre de dicho año me recomendó redactara un trabajo más extenso, con aportación de citas y unión de pruebas documentales, con objeto de darle publicidad en las páginas del nº44 de «Archivo Español de Arqueología». Complaciendo su deseo, poco tiempo después hice lo que me solicitaba.

El inesperado fallecimiento de D. Antonio en el citado mes de septiembre supuso un serio obstáculo en dicho sentido, pero, además, las graves dificultades financieras por que atravesó la imprenta encargada de la tirada de la revista hicieron que los originales permanecieran extraviados durante varios años, hasta que, al recuperarlos, la Srt^a Guadalupe López Monteagudo tuvo la amabilidad de devolvér-

melos, aconsejándome al mismo tiempo su publicación en otro lugar, ya que, de momento, no podría hacerse en «Archivo Español de Arqueología». Fue así como decidí enviar el trabajo a la prensa local con objeto de que, al menos, fuera conocido de los especialistas gaditanos y ellos pudieran opinar sobre el valor y utilidad de la idea como hipótesis de trabajo. El día 12 de diciembre de 1976, en efecto, fue publicado en las páginas del suplemento del «Diario de Cádiz» y de ahí arranca lo que algunos consideran la reanudación de los estudios sobre las transformaciones experimentadas por las islas gaditanas a lo largo de los siglos, que han conducido a perfilar el estado actual del problema.

Aunque yo temía que la idea cayera en el vacío y nadie le prestara la menor atención —acaso porque no la merecía— al poco tiempo recibí la grata sorpresa de ver que un joven investigador gaditano, el arqueólogo don Juan Ramón Ramírez Delgado, aceptaba plenamente las sugerencias que en el trabajo se hacían y que estaba dispuesto a sacarle el máximo partido y a desarrollarlo hasta sus últimas consecuencias. Precisamente, en aquel tiempo se hallaba eligiendo tema para su tesis de licenciatura y se decidió desde el primer instante por la idea en cuestión. En fecha muy reciente, la tesis de Juan Ramón Ramírez, que obtuvo en la Universidad Autónoma de Madrid la calificación de sobresaliente por unanimidad, ha sido publicada por el Ayuntamiento de Cádiz en un cuidado volumen con el título «Los primitivos núcleos de asentamiento en la ciudad de Cádiz», y ha llamado poderosamente la atención.

Algunos meses más tarde a la iniciación de estos trabajos, el director del Museo Arqueológico de nuestra ciudad, don Ramón Corzo Sánchez, publicó en la revista «Gades» del Colegio Universitario de Filosofía y Letras un interesante artículo titulado «Paleotopografía de la bahía gaditana»,⁽¹⁾ insistiendo en el mismo planteamiento anterior. Y, con posterioridad, el Prof. don Antonio Blanco Freijeiro no ha tenido inconveniente en aceptar la sugerencia anteriormente expuesta, refrendando con su autoridad el posible valor de la idea y, en un trabajo últimamente publicado («Historia del Arte Hispánico».- Ed. Alhambra), dice lo siguiente:

«Como puerto marítimo, el de Cádiz hubo de ser animadísimo y pintoresco. Lo que hoy es una península eran entonces unas islas —«ta Gádeira», las llamaban los griegos, en plural—; entre el puerto comercial y la Caleta corría una dársena, de modo que toda la ciudad vieja de Cádiz, desde la plaza de San Juan de Dios hacia el Oeste, era una isla separada de las otras. La bahía debía tener un aspecto casi veneciano, con su corona de islas y edificaciones, muelles y bajeles por doquier»⁽²⁾

(1) Rev. «Gades», nº 5; Ed. Colegio Universitario de Filosofía y Letras.- Cádiz, 1980. pp. 5 a 14.

(2) A. BLANCO FREIJEIRO: «Historia del Arte Hispánico. I, La Antigüedad», Ed. Alhambra. 1981. p. 80.

Han sido todos estos valiosos y destacados apoyos los que me han hecho recapacitar sobre la cuestión y pensar que acaso fuera interesante la publicación del primitivo trabajo en «Anales de la Universidad de Cádiz», contando con que esta vez la suerte sea más propicia que en el primer intento. Tal vez pudiera llegar de esta forma al conocimiento de los especialistas y adquirir difusión general.

Se completa lo que inicialmente se decía con unas observaciones deducidas de los estudios del eminente geólogo e ingeniero de minas don Juan Gavala y Laborde⁽³⁾ sobre el origen de las islas gaditanas, ya que, en este sentido —y salvando las distancias—, ambos trabajos pueden considerarse complementarios.

La ubicación de Gadir

Desde muy antiguo, la determinación precisa del lugar donde estuvo emplazado el poblado o reducto fenicio origen de Cádiz ha sido un problema que ha suscitado el interés y la curiosidad de todos, pues, aunque han sido numerosos los autores clásicos que se han ocupado del tema, es lo cierto que aún no existe una respuesta absoluta para el mismo, dada la ambigüedad de los textos que han llegado hasta nosotros. Más tarde, quizás guiados por la inercia de la tradición, hemos venido admitiendo que este lugar debía hallarse en la ensenada de La Caleta —y algunos restos arqueológicos parecen confirmarlo—, pero es el caso que todavía no se ha dicho la última palabra sobre tal cuestión, sobre todo, teniendo en cuenta las modificaciones experimentadas por las costas gaditanas en el transcurso de los siglos y la dificultad de hacer concordar las descripciones contenidas en las fuentes literarias clásicas con la configuración actual de nuestras costas. Unas líneas preliminares nos pondrán en antecedentes de tan singular problema.

Conocido es el pasaje de Plinio (N.H.; IV, 120) que dice:

«En la parte que mira a la tierra firme de Hispania y aproximadamente a 100 pasos hay otra isla de 1.000 pasos de longitud y otros 1.000 de anchura, en la cual antiguamente estuvo el oppidum de Gades»⁽⁴⁾

Glosando este texto, el Prof. Adolf Schulten dice lo siguiente:⁽⁵⁾

(3) J. GAVALA Y LABORDE: «Cádiz y su bahía en el transcurso de los tiempos geológicos». Boletín del Instituto Geológico y Minero de España. Tomo XLIX, IX de la 3ª serie. Madrid, 1927. Ver también Comentarios al Mapa Geológico de España. Explicación de la hoja nº 1.061. Provincia de Cádiz. Ed. Instituto Geológico y Minero de España. Madrid, 1959. Ver asimismo «El origen de las islas gaditanas». Ed. Instituto de Estudios Gaditanos de la Diputación Provincial. San Fernando, 1973.

(4) Según versión de don Antonio García y Bellido en «La España del siglo I de nuestra Era». Espasa-Calpe (Col. Austral, nº 744). Buenos Aires, 1947. p. 145.

(5) A. SCHULTEN: «Tartessos». Espasa-Calpe. Madrid, 1945. p. 62.

«Que Plinio se refiere a la pequeña isla de San Sebastián, al Oeste de la gran isla donde se hallaba la ciudad romana de Gades, y donde se encuentra Cádiz, se infiere de Avieno 314, quien después de describir la isla de Erythea dice «...ab arce, qua diei occasus est, Veneri marinae consecrata est insula templumque in illa Veneris et penetral cavum oraculumque». Y continúa: Claramente se ve que con el nombre de «Isla de Venus» se significa la isla de San Sebastián, porque ésta está al Oeste de la gran isla con la ciudad romana de Gades, que Avieno llamar «arx», identificando Gades con Gadir, lo que significa «arx». Por otra parte, corresponde el nombre de «Isla de Venus» al nombre Aphrodisias que Plinio cita como nombre de la isla pequeña».

Y más adelante, prosigue:

«Además, coincide la descripción que hace Plinio de la pequeña isla con la islita de San Sebastián. La longitud de la isla era, según Plinio, de una milla, es decir, 1.480 metros. Actualmente la longitud de la pequeña isla es tan sólo de 500 metros, a causa de la acción destructora de las olas, en esta región muy intensa. Esta reducción de la dimensión longitudinal, se reconoce también en la distancia que separa hoy la isla pequeña de la grande, que es de 500 metros, mientras, según Plinio, alcanzaba anteriormente tan sólo 100 pasos, es decir, 150 metros».

En consecuencia de todo lo que antecede, podría deducirse que el reducto fenicio, el Gadir tiro, debió fundarse en una islita situada hacia el NO. de otra isla mayor, de la que se hallaba muy próxima.

Examinado el mapa de la zona, es tentador y lógico pensar inmediatamente, como hace Schulten, en la pequeña isla que hoy forma el castillo de San Sebastián, aunque con el mismo buen criterio hay autores que lo sitúan en la Isla de León, hoy ciudad de San Fernando. Sin embargo, el razonamiento acaso pudiera ser distinto si por un momento imaginamos que la estructura de la isla mayor, la isla de Cádiz –la Cotinusa de los antiguos–, no fue siempre la que hoy contemplamos, sino que en sus primeros tiempos un canal o paso marítimo separaba parte de esta isla formando otra más pequeña, de aproximadamente 1.500 metros de diámetro, en el extremo NO. de la isla (o península, si se quiere) de Cádiz, abarcando la mayor parte del núcleo urbano del Cádiz decimonónico, es decir, del Cádiz de intramuros; *pero es el caso que este canal existió realmente* o, al menos, tal es lo que parece deducirse de algunos descubrimientos geológicos modernos, concordantes y complementarios de otros testimonios antiguos.

En efecto, parece comprobado que en la antigüedad un canal o vaguada sub-

marina discurría por donde hoy se hallan la puerta monumental del muelle, la plaza de San Juan de Dios y la calle de Alonso el Sabio (junto a los muros de la villa medieval) y posiblemente continuaría por la plaza de la Catedral y la calle San Juan, hasta llegar al punto conocido por Puerto Chico, junto a la muralla del Campo del Sur o quizás hasta La Caleta, según sugiere Juan R. Ramírez, ateniéndose a las curvas de nivel.

Avalan la existencia de este canal o vaguada en forma consecutiva los siguientes testimonios:

1º.- Cuando en los años 1950-52 se llevaban a cabo las obras para la construcción del muelle de ribera llamado muelle Ciudad o del Generalísimo, se tropezó al llegar a la altura de la plaza de San Juan de Dios, en contra de lo que había sucedido hasta entonces, con que la draga que ejecutaba los trabajos correspondientes —que habría de detenerse a los 11 metros de profundidad— no pudo encontrar firme a los 20 metros de cota submarina. A manera de prueba, los técnicos depositaron un pesado bloque de hormigón en el fondo dragado, bloque que fue rápidamente succionado por el fango existente aún en el fondo. Hubo necesidad de proseguir el dragado hasta una profundidad aproximada de 25 metros, a cuya cota apareció el firme del terreno y, tras dragar una amplia zona, en la que en decir de la gente ocupada en la obra «cabría una plaza de toros», se pudo efectuar la cimentación del muro del muelle citado, vertiendo primero en la concavidad formadas ingentes cantidades de piedra y colocando luego los grandes bloques de hormigón en la forma habitual. Un informe técnico, evacuado en su día por la Dirección Facultativa de la Junta de Obras del Puerto, confirma la naturaleza fangosa del subsuelo en esta zona (Fig. 1).

2º.- Cuando años más tarde se construyó en lugar contiguo a la zona anterior, junto a la puerta del muelle, el edificio de la compañía de seguros «La Unión y el Fénix», los constructores tropezaron con graves dificultades en la cimentación del mismo, siendo necesario clavar pilotes de más de 20 metros de longitud para encontrar el firme a través de un terreno sumamente fangoso. Los arquitectos municipales Sres. Sánchez Esteve y Fernández Pujol confirmaron este extremo.

Sobre el solar de este edificio discurrió hasta principios del presente siglo (1906) la muralla de circunvalación de la ciudad que en tiempos tuvo una abertura por donde pasaban las embarcaciones pequeñas a una dársena interior llamada del Boquete.

3º.- La casa que sigue a la anterior en dirección al Ayuntamiento, de construcción antigua y con fachada a la plaza de San Juan de Dios, ha sufrido cuarteamientos en sus muros y desviaciones en sus cornisas, debido a que parte de ella está cimentada sobre terreno firme y parte sobre subsuelo fangoso. Su antiguo propietario Sr. Sánchez Cosío hubo de gastar sumas de consideración en obras de reparación.

4º.- La misma forma irregular de la plaza de San Juan de Dios y su nombre antiguo de plaza de la Corredera dan idea de un descampado donde acaso no fue posible la construcción de edificios en una línea distinta a la seguida debido, quizás, a la naturaleza reciente del terreno.

Además, parece comprobado que cuando se reedificó la villa en tiempos de Alfonso el Sabio, las aguas de la bahía llegaban hasta cerca de la Puerta del Pópulo y para defenderse de ellas tenía en su parte delantera un revellín. Agustín de Horozco⁽⁶⁾ dice que en su tiempo (siglo XVI), la plaza estaba ocupada por un estanque, constituyendo el verdadero muelle y puerto comercial de Cádiz. Al irse secando el estanque, se convirtió en una laguna que, según don Julio Guillén, se aprovechó para hacer un astillero para embarcaciones menores⁽⁷⁾.

Abundando en lo que antecede, el arquitecto municipal don Antonio Sánchez Esteve informaba que durante los trabajos de construcción del alcantarillado en 1928-29, pudo observar que el subsuelo de esta zona era muy malo, fangoso en gran parte, con tierras de sedimento y relleno, aunque esto no impedía totalmente que se pudiera construir sobre él, que a metro y medio bajo el nivel del asfalto aparecía el agua, siendo sensibles las mareas a través del alcantarillado, debido a su bajísima cota, y que por allí discurría una antigua vaguada.

5º.- La actual calle Alonso el Sabio –o Pelota–, frontera a la muralla que circunscribe al Cádiz medieval, tiene también muy escasa cota (1 ó 2 metros) sobre el nivel del mar y por ella –según deduce el coronel Pettenghi de un antiguo manuscrito sobre la construcción de las fortificaciones y murallas de Cádiz– discurría un caño o canalillo que hacía las veces de foso de la muralla.

Al final de dicha calle, en la esquina con la plaza de la Catedral, se supone estaban las Atarazanas medievales –de que nos habla don Julio Guillén⁽⁸⁾–, lo que también indica que por aquella época el agua no debía andar muy lejos.

6º.- La misma Catedral de Cádiz está cimentada en parte sobre la roca viva al nivel del mar y en parte sobre estacas o pilotes⁽⁹⁾ lo que da idea de la naturaleza del terreno. Sólo una parte se asienta sobre tierra firme de constitución antigua.

7º.- Entrando por la calle San Juan desde la plaza de la Catedral, se llega a un paraje conocido por Puerto Chico, de bajísima cota y sólo separado del Atlántico

(6) A. DE HOROZCO: «Discurso de la fundación y antigüedades de Cádiz». Documentos inéditos para la historia de Cádiz. Impr. Repeto. Cádiz, 1929. pp. 118, 123 y 281. Ver también A. HOROZCO: «Historia de la ciudad de Cádiz». Impr. Bosch. Cádiz, 1845. p. 170.

(7) J. F. GUILLÉN: «El Castillo de la Villa y el Barrio de Guardias Marinas, de Cádiz». Rev. Gral. de Marina. Ene. 1967. p. 12.

(8) *Ibidem*, p. 17.

(9) J. URRUTIA: «Descripción histórico-artística de la Catedral de Cádiz». Impr. Rev. Médica. Cádiz, 1843. pp. 36 y ss., y J. RAMON RAMÍREZ: «Los primitivos núcleos de asentamiento en la ciudad de Cádiz». Publ. Ayuntamiento de Cádiz. Cádiz, 1982. pp. 74-75.

por la muralla del llamado Campo del Sur y por la calzada que circunvala la ciudad, todo ello obra de construcción relativamente moderna (siglo XVIII). Antes de ejecutarse esta obra, Puerto Chico era una ensenada o caleta apta para el refugio de embarcaciones pequeñas.

La cartografía antigua no es muy explícita en este punto. En un plano de Cádiz de 1609, existente en el Archivo de Simancas (Estado. Legajo 216), publicado por don Adolfo de Castro en su «Historia de Cádiz y su Provincia» en 1858, figura esta zona de Puerto Chico sin mucho detalle. En el plano de Cádiz editado por el cartógrafo inglés John Roque en el siglo XVIII, del que existe un ejemplar en la Biblioteca Provincial de la ciudad, aparece cerca de este lugar una especie de torrente o caño discurriendo hacia el mar. En otros planos antiguos consultados, la imperfección de la cartografía de la época no permitió apreciar detalles. Sin embargo, en el plano de la figura 451 de la obra de don José A. Calderón Quijano «Cartografía militar y marítima de Cádiz», se aprecia perfectamente la escotadura de la caleta de Puerto Chico en 1713, antes de construirse la muralla en aquel lugar;⁽¹⁰⁾ y, entre los testimonios literarios de época antigua (1639), es digno de mención lo que recoge don Víctor Fernández Cano de documentos del Archivo de Simancas:

«...la caleta de Puerto Chico, en la banda del Vendaval, porque el mar, en este lugar batía insistentemente con fuerza, arruinando año tras año la costa, amenazando con anegar el barrio de Santiago, situado inmediatamente tras ella, a menor altura.⁽¹¹⁾»

Por otra parte, Estrabón (III, 5,3), hablando de la ciudad romana de Gades—que, como sabemos, se extendía por el actual barrio de Santa María hasta los glacios de Puerta de Tierra, entre otros lugares—dice que

«la ciudad yace en la parte occidental de la isla, y cerca de ella, en la extremidad que avanza hacia el islote, se alza el Kronion»,

que según García y Bellido (Fig. 2), probablemente estuvo donde hoy la catedral. El mismo Estrabón agrega más adelante (III, 5,4):

«Para Pherekydes, parece ser que las Gádeira son Erytheia, en la que el mito coloca los bueyes de Geryónes; mas, según otros, es la isla sita frente a la ciudad, de la que está separada por un canal de un estadio» (185 metros).

(10) J. A. CALDERÓN QUIJANO: «Cartografía militar y marítima de Cádiz (1513-1878). Sevilla, 1978. p. 427.

(11) V. FERNÁNDEZ CANO: «Las defensas de Cádiz en la Edad Moderna» (cfr. Arch. Gral. Simancas. Guerra Ant., 1344). Sevilla, 1973. p. 83.

En suma, el conjunto de los testimonios citados anteriormente parece confirmar la antigua comunicación entre el mar y la bahía. Bien es verdad que falta comprobación «in situ» de la naturaleza del subsuelo en parte del itinerario señalado, pero esto es materia que escapa a las posibilidades actuales de verificación, por tratarse toda ella de zona edificada. A buen seguro, la cimentación de algún nuevo edificio en esta área facilitará datos positivos sobre el particular, pero, de momento, no hay muchas perspectivas de tal cosa en un futuro inmediato.

Sin embargo, no obstante lo que acabamos de decir y confirmando lo dicho más arriba, después de la primitiva redacción de este trabajo se han hallado sedimentos aluviales, grava, guijarros y otras piedras rodadas en la plaza de Topete y en la cimentación del nuevo edificio de «Almacenes Simago»,⁽¹²⁾ junto a la plaza de la Libertad, y se ha detectado lo que parece ser un antiguo muelle bajo el solar de la casa nº 104 de la calle Sagasta,⁽¹³⁾ todo en dirección a La Caleta.

La comunicación entre el mar abierto y la bahía, caso de haber existido, debió tener lugar precisamente por el camino que se indica y no directamente desde la plaza de San Juan de Dios, a través de la calle del mismo nombre, hasta el mar, ya que el desnivel y la naturaleza del terreno no lo consentirían.

Ciertamente que, como muy atinadamente hace notar un gran conocedor de los problemas del Cádiz antiguo, la existencia de este canal no ha de prejuzgar necesariamente que su aterramiento tuviera lugar en el período histórico, ya que muy bien su desaparición pudo ser anterior al momento en que estas tierras fueron habitadas, pero a esta observación pueden oponerse las siguientes objeciones:

1ª.- Según se desprende de los trabajos de don Juan Gavala y del estudio del mapa paleográfico de la bahía compuesto por el Prof. García y Bellido y don César Pemán,⁽¹⁴⁾ los grandes aterramientos de ésta (desaparición del estuario del Guadalquivir, emersión de la marisma salinera de San Fernando, estrechamiento del caño de Sancti Petri, etc.) debieron acontecer al filo de nuestra Era.

2ª.- En un canal sometido a intensas corrientes de marea, como debía ser éste, los depósitos fangosos sólo pudieron producirse cuando las corrientes fueron frenadas por una circunstancia externa: Construcción de puentes, hundimiento de embarcaciones u otra causa análoga, a la que no sería extraña la mano del hombre. A una de estas causas, al hundimiento de unas naves, se atribuye con cierto fundamento el origen de la isla donde se asienta el Arsenal de La Carraca.⁽¹⁵⁾

3ª.- Como antes se dijo, una difusa tradición llegada casi hasta nuestros días

(12) J. RAMON RAMIREZ: Ob. cit. pp. 77 y 81.

(13) R. CORZO SÁNCHEZ: «Sobre la topografía de Cádiz en la Edad Media». Rev. Estudios de Historia y de Arqueología Medievales. Universidad de Cádiz. Cádiz, 1982, nº II. p. 148.

(14) C. PEMAN Y PEMARTIN: «El pasaje tartésico de Avieno». Madrid, 1941. p. 117.

(15) Informe de don José Patiño a Felipe V, previo a la creación del Arsenal de La Carraca.

(o, al menos, a los del reinado de Felipe II) mantiene que, si no un canal, cuando menos un caño, estero o zanja discurría por estos lugares hasta hace relativamente poco tiempo.

Ya el arquitecto Acero –primer director de las obras de la Catedral– detectó en la plaza de este nombre la presencia de terreno muy removido al nivel de la capa freática. También decía: «Había en aquel sitio un caño de la mar, cegado en la antigüedad con lastre de embarcaciones». (J. Pettenghi.- «Diario de Cádiz», 11 dic. 84).

Parece evidente, por ello, que hace muchos siglos aquella zona debió ser una vía marítima.

En resumen: *Parece cosa suficientemente probada la posible existencia de un canal* que uniendo lo que hoy es dársena comercial del puerto con el mar abierto, separaba parte del actual núcleo urbano de la ciudad de Cádiz del resto del territorio y que este presunto canal debió desaparecer en tiempos no muy lejanos y, desde luego, posteriores a la fundación de la primitiva ciudadela fenicia.

Completa lo dicho anteriormente el hecho que, como es harto sabido, las costas de Cádiz están sometidas a intensa y permanente transformación, debido a la constante acción del mar. De una parte, las olas del mar abierto atacan y corroen continuamente sus murallas y acantilados (Fig. 3) y, si no fuera por las diversas obras de defensa creadas por el hombre, la erosión sería muy intensa, aunque menos de lo que a veces se cree. De otro lado, el remanso que forma la bahía da origen a la formación de grandes depósitos fangosos que rellenan huecos, reducen el calado de las áreas navegables y crean nuevas tierras. De no ser por los constantes dragados, el mismo puerto de Cádiz hace años que se hubiera cegado, como ocurrió con la dársena del Astillero, que todos hemos conocido llena de fango en bajamar.

☆ ☆ ☆

Y tras esta visión puramente estática del problema, es decir, la consideración de la estructura de las islas gaditanas tal como las conocieron los primeros colonizadores orientales hace más de 3.000 años, pasemos a una concepción dinámica de la cuestión: ¿Cómo se formaron estas islas y el canal que las separaba? ¿Qué causa las dividió? Esto último lo hacemos inspirados no en móviles especulativos, sino en el conocido principio aristotélico que reza: «Las cosas se comprenden mejor cuando se ha logrado saber cómo se han hecho».

Para ello, partiremos de los trabajos y estudios llevados a cabo por el ya citado don Juan Gavala y Laborde, quien en 1927 presentó al XI Congreso de la Asociación Española para el progreso de las Ciencias una documentada memoria sobre el proceso de formación de la bahía de Cádiz en el transcurso de los tiempos geológicos, cuyo estudio sirvió de base al Prof. García y Bellido para la reconstrucción paleogeográfica de la bahía que figura en varias de sus obras, principalmente en «España

y los españoles hace 2.000 años»,⁽¹⁶⁾ en «Hercules Gaditanus»⁽¹⁷⁾ y en el capítulo correspondiente del volumen II de la «Historia de España»⁽¹⁸⁾ dirigida por don Ramón Menéndez Pidal, entre otras.

La teoría de Gavala

Las dos islas sobre las que se asientan Cádiz y San Fernando son dos jirones de un zócalo costero de edad pliocena desgarrado por las avenidas del río Guadalquivir en los comienzos de la época cuaternaria. Atalayas de su estuario, rompeolas gigantesco, a cuyo abrigo encontraron refugio los intrépidos navegantes de Oriente que se aventuraron a rebasar las puertas del mar de la civilización, fueron las islas gaditanas, desde la más remota antigüedad, cuna de progreso; y aunque el Guadalquivir estuvo a punto de arrasar tan preciado baluarte, supo detener a tiempo su labor destructora y luego, con detritus arrancados de los montes de la Península, construyó sobre los fondos marinos terraplenes que avanzaron hacia las islas y unieron de nuevo a España estos jirones desgajados del territorio nacional. Su corriente cenagosa, además, supo respetar la bahía, que un día vería desembarcar a los mensajeros de la civilización de Sidón y de Tiro. Cádiz nació por el Guadalquivir, y al Guadalquivir debe el ser la avanzada de las tierras españolas en el dominio de los mares.

Con palabras como éstas, pone punto final don Juan Gavala⁽³⁾ a su tesis sobre el origen de la bahía y las islas gaditanas, objeto del precioso trabajo —ya citado— presentado por su autor al congreso de 1927, antes mencionado, y recogida también en otras obras suyas.

Mucho ha llovido desde entonces y mucho ha progresado la ciencia en estos últimos años, mas no tanto como para que haya sido capaz de modificar ninguna de las conclusiones a que el ilustre investigador llegara al final de sus estudios, que siguen siendo válidas en todos sus puntos.

Seguramente que a estas alturas el lector se habrá preguntado perplejo: ¿Cómo pudo producirse este gigantesco dragado que tan brutalmente excavó el lecho de la bahía? El mismo don Juan Gavala nos da la respuesta: Sobre el citado zócalo costero, formado en gran parte por sedimentos terciarios (arcillas, gredas, yesos y conglomerados de areniscas, principalmente), la fortísima corriente del Guadalquivir —en una época que merced a la inusitada intensidad de las lluvias ha mereci-

(16) A. GARCIA Y BELLIDO: «España y los españoles hace 2.000 años». Espasa-Calpe (Col. Austral, nº 515). Madrid, 1945. p. 119.

(17) A. GARCIA Y BELLIDO: «Hercules Gaditanus». Arch. Español de Arqueología. Vol. XXXVI (1964), nºs 107 y 108. p. 76.

(18) A. GARCIA Y BELLIDO: «Historia de España», dirigida por Ramón Menéndez Pidal. Tomo I, Vol. II. Madrid, 1952. p. 318.

do de los geólogos el nombre de Diluvial— arrastró hacia el mar todo el material acumulado a través de milenios, particularmente lo sedimentado por el mar pliocénico. Este fenómeno es idéntico y paralelo al que al mismo tiempo se desarrollaba en la cuenca baja del Guadalquivir, entre Sevilla y Sanlúcar, dando lugar a la formación de lo que los antiguos llamaron lago Ligustino, origen de la actual marisma bética, y al que se producía en otros ríos próximos (Odiel y Tinto, Barbate, Palmos, Guadarranque y Guadiaro) (Fig. 4).¹⁴⁾

La fuerza de la corriente del Guadalete es hoy notoriamente exigua, pero aún así, en los momentos de grandes avenidas arroja un volumen de más de 3.000 metros cúbicos por segundo. No debe olvidarse a este respecto que la cuenca del Guadalete, con sus 4.000 kilómetros cuadrados, es el punto de máxima pluviosidad de España. La sierra de Grazalema registra a veces lluvias de más de 200 litros por metro cuadrado en 24 horas, las que si se generalizaran en toda la cuenca llegarían a proporcionar caudales de 10.000 metros cúbicos por segundo. Este es, precisamente, el caudal del Guadalquivir en sus máximas avenidas.

Insistiendo en este punto, añade don Juan Gavala:

«Muy lejos están estas cifras, sin duda, de las que debieron representar los caudales de avenida del Guadalete en los comienzos de la era Cuaternaria; pero si llegamos a ellas barajando números de observaciones practicadas en nuestros días, no debe parecernos extraño que en una época como la Diluvial —de muchos miles de años— caracterizada por la abundancia de precipitaciones, las crecidas del río alcanzasen caudales tres o cuatro veces mayor»;

es decir, volúmenes del orden de 50.000 metros cúbicos por segundo, capaces de arrasar a cuanto se le pusiera por delante.

A impulsos de esta corriente impetuosa acrecentada, además, en la desembocadura por el influjo de la marea vaciante, quedó desgarrada toda la costa gaditana entre Rota y Chiclana. Las variaciones de nivel de la costa y del mar, debidas a los movimientos basculantes de las masas continentales y a las sucesivas glaciaciones, hicieron que las transgresiones y regresiones marinas completaran esta labor destructora y al final de la mencionada época, la configuración de las costas de la bahía debía corresponder a la que se indica en la figura 5⁽³⁾ donde sólo emergen las islas de Cádiz, San Fernando, Rota y Sancti Petri, además de los islotes de las Puercas, los Cochinos, el Diamante, la Galera, etc., que derruidos luego por los embates de las olas a lo largo de muchos siglos, quedaron convertidos en rocosos bajos submarinos.

Es al final de este periodo diluvial cuando una estrecha corriente, saltando por lo que hoy es plaza de San Juan de Dios y plaza de la Catedral —tras producir parcialmente el derrubio del contrafuerte montañoso que desde el barrio de Santa

María se prolonga, a través del Campo del Sur, hasta más allá de Capuchinos—, se abriría paso hasta La Caleta, tajando los arrecifes sabulosos de esta ensenada y dándoles su actual configuración en forma de canal casi perfecto (Fig. 6). Posteriormente, como veremos, la acción corrosiva de los temporales pudo dar origen a una nueva salida a través de la ensenada de Puerto Chico.

Pero llegó un momento, hará aproximadamente 150.000 ó 200.000 años, que

«el régimen de lluvias torrenciales se fue mitigando paulatinamente —prosigue el ilustre geólogo citado—, el caudal del Guadalete disminuyó más y más en épocas sucesivas y las corrientes del estuario amortiguaron su velocidad. Las arenas y limos de las crecidas comenzaron a depositarse en la amplia ensenada que antes había abierto el río, y, poco a poco, el estuario fue perdiendo calado y rellenándose»

Sabido es con cuánta irregularidad se opera el relleno de los estuarios cuando éstos se hallan sometidos a intensas corrientes fluviales y de marea que con frecuencia cambian de curso. Los sedimentos se van acumulando en los remansos y puntos de choque de corrientes encontradas. En nuestro caso, los limos arcillosos se fueron sedimentando en el seno del estuario, particularmente alrededor de la isla formada por lo que hoy es San Fernando y el cerró de los Mártires, mientras que las corrientes marinas harían que las arenas silíceas removidas por los temporales fueran constituyendo un cordón litoral, asentado sobre un substrato de rocas areniscas o conglomerados pliocénicos —nuestras conocidas rocas ostioneras o piedras cangrejas—, que uniría la isla de Cádiz con el islote de Sancti Petri, en cuyo proceso seguramente tendrían parte muy activa los vientos de Levante y de Poniente. Quedaba con ello iniciada la configuración de la bahía (Fig. 7), que en sucesivos azolvamientos ha ido llegando —ya en el período histórico de los últimos 3.000 años— hasta su actual estructura: una marisma de limo arcilloso entre El Puerto de Santa María y Puerto Real, otra de idéntica naturaleza alrededor de San Fernando y el istmo arenoso entre Cádiz y Sancti Petri cerrando la bahía. Actualmente, sólo las corrientes de marea, que cuatro veces al día cambian de sentido, consiguen mantenerla en condiciones navegables, con un canal central de 10 metros de calado, que en algunos puntos alcanza mayores cotas.

Pero la acción destructora del mar, nunca interrumpida, continuó durante milenios por la parte que da al mar abierto, es decir, por el Campo del Sur y por Santa María del Mar. En un determinado momento, pudo abrirse la pequeña ensenada de Puerto Chico y bien de esta forma, bien a través del canal Bahía Caleta, darse origen a la islita situada al NO. de la de Cádiz de que nos habla Plinio (N.H., IV, 120) como lugar de emplazamiento del Cádiz primitivo.

El desconocimiento del origen de la bahía y de la estructura de las islas gaditanas en tiempos remotos ha sido causa de que los historiadores y estudiosos de to-

dos los tiempos no pudieran interpretar debidamente las descripciones de nuestras costas contenidas en algunas obras de la Antigüedad. Los escritos de Estrabón, Plinio, Mela, Avieno, etc., no encajaban en nuestra apreciación directa sobre el terreno. Al analizar con mentalidad actual la configuración geográfica de nuestras orillas en tiempos pretéritos, cuando éstas eran muy distintas, se dio lugar a que los investigadores se encontraran con una serie de nombres de islas que, por mucho que se barajaran, no coincidían con la real línea de nuestras costas. Los nombres de Kotinoussa, Erytheia, Iunonis, Aphrodisias, etc., saltaron de uno a otro punto según la dirección del viento que los impulsara, es decir, según la particular opinión del experto de turno, convirtiendo en un verdadero jeroglífico la identificación de las Gádeiras.

Sin embargo, los acertados trabajos de García y Bellido⁽¹⁸⁾ y de Pemán, apoyados en los de don Juan Gavala, han facilitado grandemente esta labor y últimamente la investigación sobre la materia ha hecho grandes progresos, pues los estudios llevados a cabo por competentes y muy especializadas figuras locales parecen apuntar a la solución exacta. Esperemos que pronto se consiga dilucidar plenamente tan importante cuestión.

Sólo entonces podremos desvelar con Velleio Patérculo (H.R. 1, 2, 3) cuál fue la isla rodeada por el Océano, en el último rincón de España, en que se fundó Cádiz y, sobre todo, se podrá afirmar con Plinio que en la parte que mira a la tierra firme de Hispania y aproximadamente a 100 pasos hay una isla donde antiguamente estuvo el «oppidum de Gades».

Epílogo

Como resumen final, debe hacerse constar que el objeto que se persigue con el presente trabajo es interesar en la cuestión a los versados en la materia y a los estudiosos del tema y brindarles la oportunidad de determinar, a la luz de las fuentes literarias clásicas y a la vista de los resultados de la investigación moderna, si el emplazamiento del reducto citado por Plinio corresponde a la isleta de San Sebastián, como es opinión muy aceptada, o, por el contrario, ha de situarse en el extremo NO. de la actual isla de Cádiz —coincidiendo con las dimensiones y situación de la citada por Plinio, «cara a la tierra firme de Hispania» y no cara al mar Océano, como sucede con la isla de San Sebastián—, resolviendo de paso al mismo tiempo el problema de la ubicación de la ciudad «Didyme», precisando el lugar de construcción del Kronion, localizando el gran pozo (¿quizás el de la Jara?) y aclarando otras cuestiones afines.

Acaso cuanto se ha dicho pudiera parecer a algunos pura fantasía, sin consistencia bastante e incapaz de resistir un examen serio; quizás para otros pueda ser

una sugestiva hipótesis de trabajo, con sólida base real, de la que pudieran deducirse importantes consecuencias. En todo caso, el análisis detenido de los accidentes y formaciones del terreno, las deducciones sistemáticas correspondientes y las comprobaciones pertinentes y posibles darán la respuesta. Los amantes de la investigación tienen la palabra.

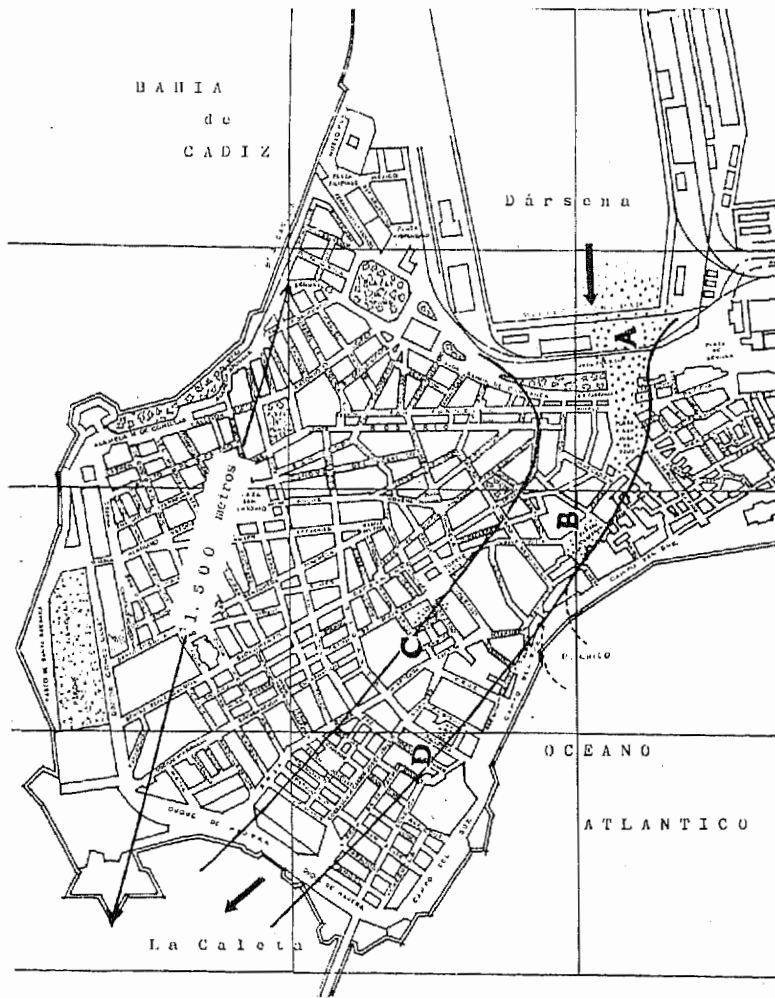


Fig. 1.- Casco urbano de Cádiz. Las zonas punteadas indican los lugares donde se han detectado sedimentos fangosos, cascajo y otros aportes, ya en forma directa, ya por testimonio documental. A= Muelle y S. Juan de Dios; B= Catedral; C= Alm. Simago; D= Calle Sagasta.

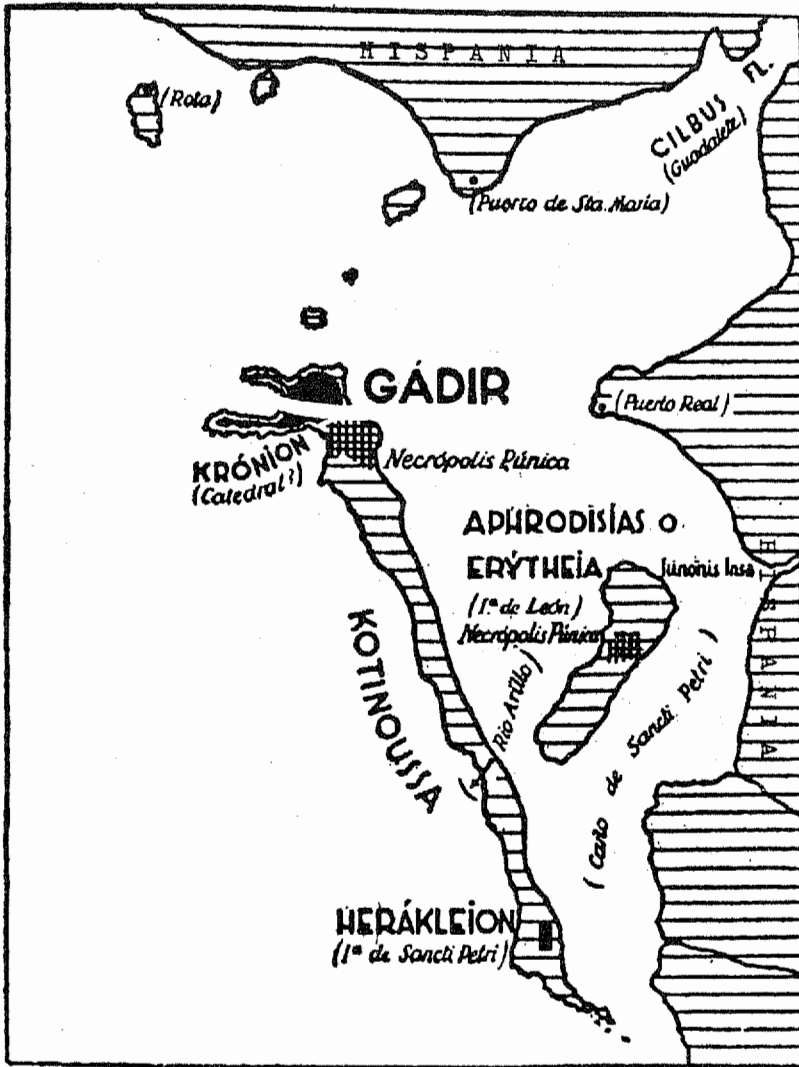


Fig. 2.- Conocida reconstrucción paleogeográfica de la bahía de Cádiz según el Prof. García y Bellido. En la parte superior de Kotinoussa, se ha señalado el canal que daba lugar a la formación de la pequeña isla citada por Plinio, cara a la tierra firme de Hispania.

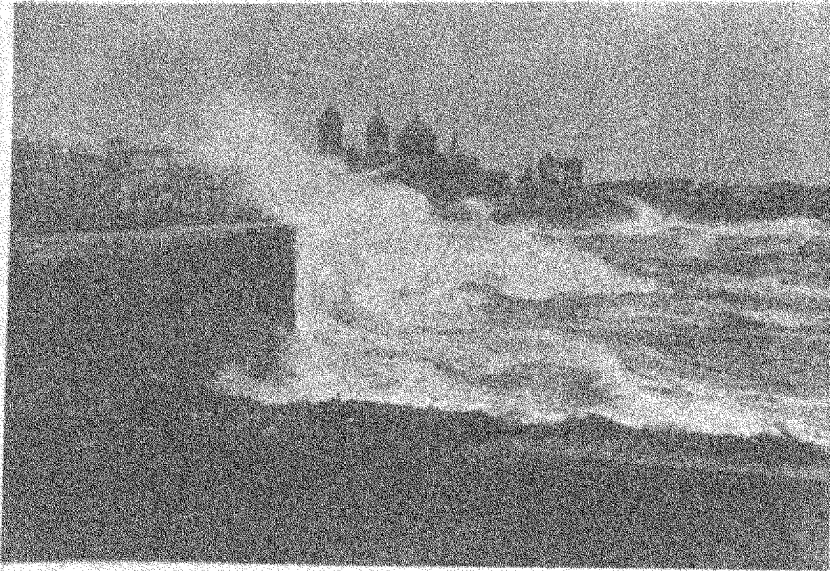


Fig. 3.-...las olas del mar abierto azotan continuamente sus murallas... La zona de Puerto Chico un día de temporal, con las olas amenazando inundar el barrio de Santiago.

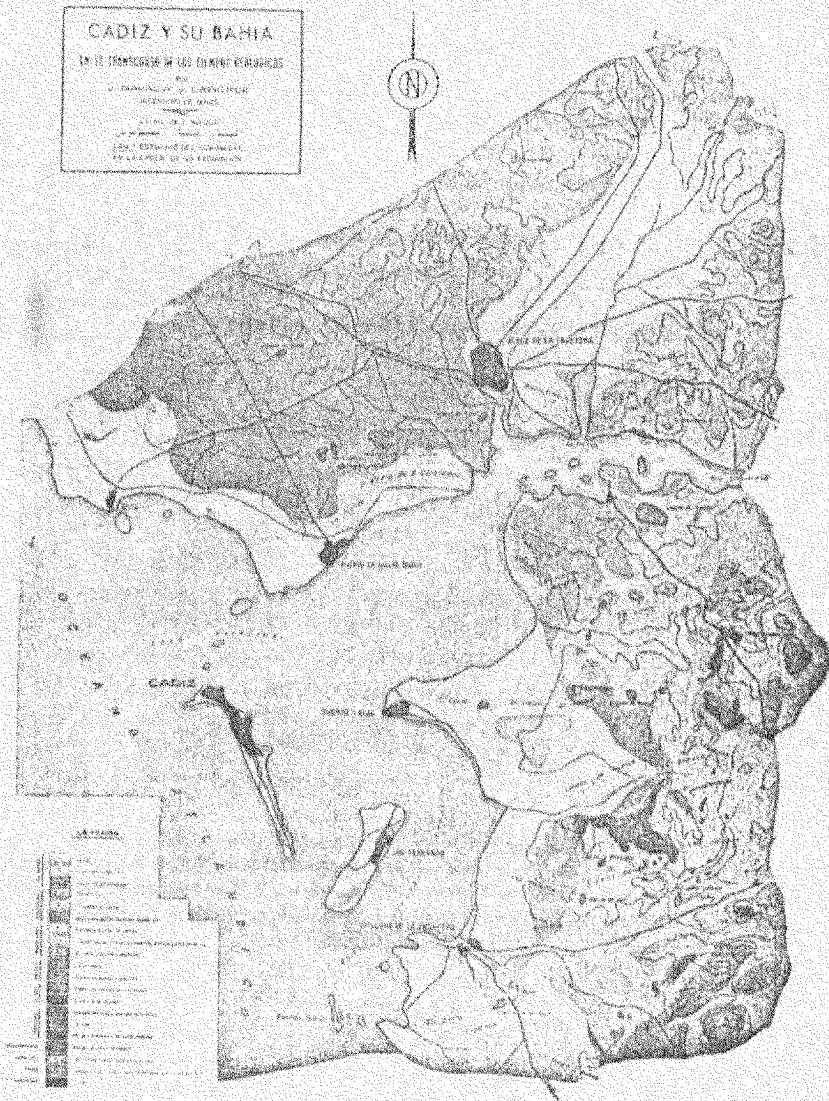
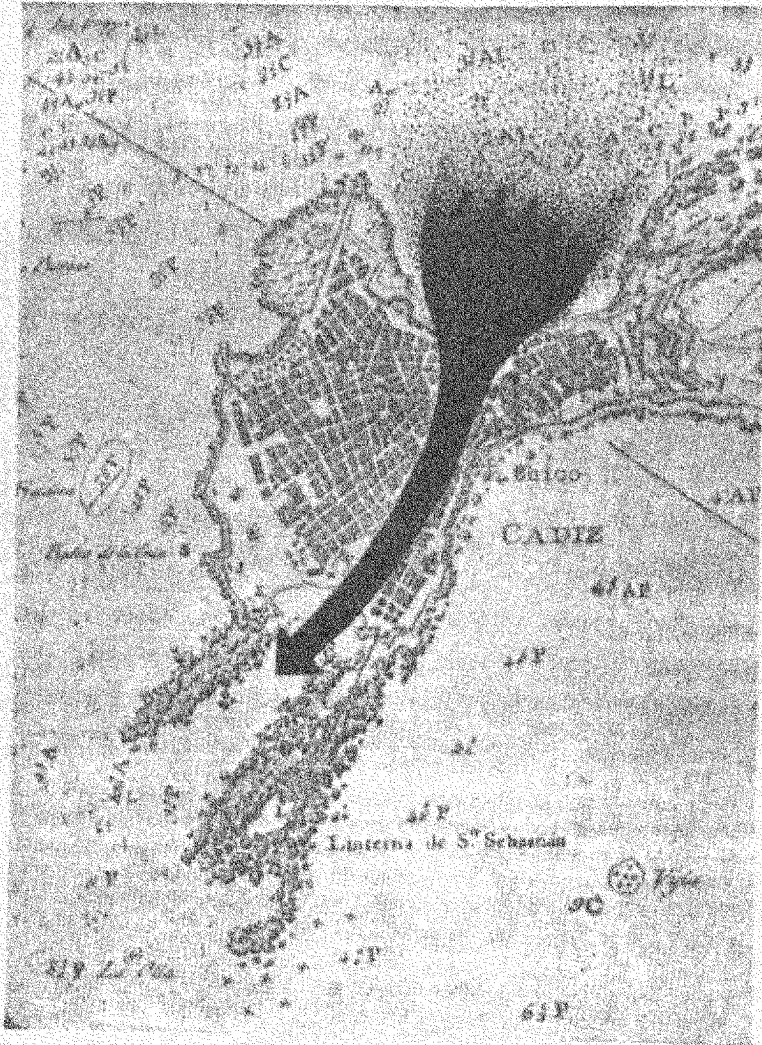
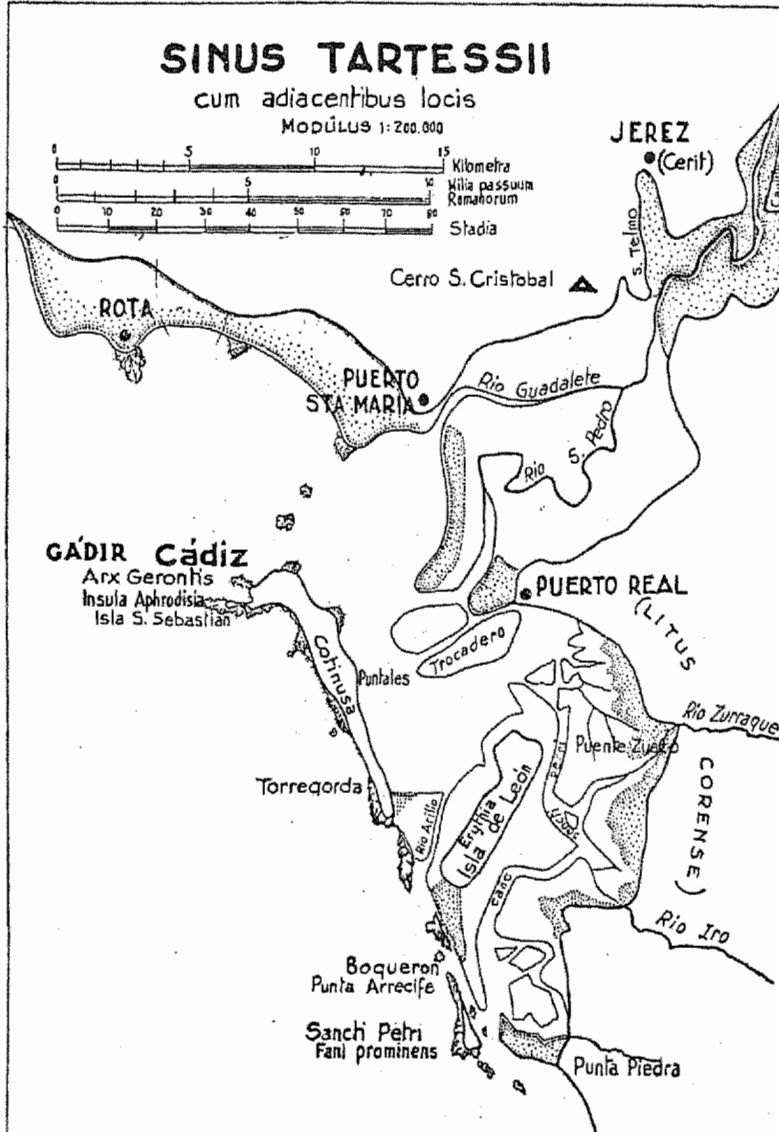




Fig. 6.- Vista aérea de Cádiz y de La Caleta en bajamar. Obsérvese la perfección del corte entre los arrecifes de la punta del Nao (izquierda) y la punta del Sur (centro), tallado sin duda por la corriente fluvial que en el periodo Diluvial corrió desde la bahía al mar abierto a través de lo que hoy es casco urbano. La isla de San Sebastián aparece en primer término. (De la obra de C. Peñmán, «El pasaje tartésico de Avienov»). La flecha indica la dirección de la corriente diluvial.



Proyección de la corriente diluvial sobre el casco urbano de Cádiz.



g. 7.- Reconstrucción paleográfica de la bahía de Cádiz, según Pemán, conforme a los trabajos de G vala. (De la obra de C. Pemán «El pasaje tartessico de Avieno»).